



SERIE DISCOVERY

¿POR QUÉ UN DIOS BUENO PERMITE EL SUFRIMIENTO?



Cómo encontrar algo bueno en los problemas

¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento?

Es una antigua pregunta. Hace 4.000 años, una víctima de reveses personales, familiares y económicos habló a los cielos silentes y suplicó: «... hazme entender por qué contiendes conmigo. ¿Te parece bien que oprimas, que deseches la obra de tus manos...?» (Job 10:2,3). Todavía se hacen estas preguntas: «¿Acaso me odia Dios? ¿Es por eso que permite que sufra tanto? ¿Por qué yo y no otros?»

Existen respuestas, no exhaustivas, pero sí suficientes para entender un poco el dolor, y para que aprendamos a beneficiarnos del sufrimiento. En las páginas siguientes, Kurt De Haan, uno de nuestros escritores, nos muestra que aunque puede que el cielo no conteste todas nuestras preguntas, sí nos da las respuestas que necesitamos para confiar y amar a Aquel que, en nuestro dolor, nos pide que nos acerquemos a Él.

Martin R. De Haan II

Contenido

Respuestas evasivas.....	3
¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento?.....	5
Para alertarnos.....	6
Para dirigirnos.....	15
Para moldearnos.....	20
Para unirnos.....	25
¿Cómo puede usted ayudar?.....	30
Mejor que respuestas.....	32

Título del original: *Why Would A Good God Allow Suffering?*

Foto de la cubierta: Mia & Klaus/ SuperStock, Inc.

Traducción: Mercedes De la Rosa

Las citas de las Escrituras son tomadas de la versión Reina-Valera, 1960.

Copyright ©1997 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan

Printed in USA

Respuestas evasivas

La vida puede ser difícil de entender. En el intento de abordar las crudas realidades de nuestra existencia, podemos frustrarnos fácilmente. Anhelamos respuestas al inmenso problema del sufrimiento. Incluso puede que nos preguntemos por qué a la gente buena le pasan cosas malas y a la gente mala le pasan cosas buenas. Muchas veces las respuestas parecen evasivas, ocultas, fuera de nuestro alcance.

Claro, sería lógico que a un terrorista lo matase su propia bomba, que un conductor temerario sufriese un accidente grave, que una persona que juegue con fuego se queme. Hasta sería lógico que un fumador empedernido muriese de cáncer.

Pero, ¿qué podemos decir de los hombres, mujeres y niños inocentes que mueren víctimas de un atentado terrorista? ¿Y del joven que sufre daños graves en el cerebro porque un conductor borracho provocó un accidente, o la persona cuya casa se quema sin que haya tenido ella la culpa? ¿O, del niño de dos años que contrae leucemia?

Es peligroso y hasta necio pretender que tenemos una respuesta completa al porqué Dios permite el sufrimiento. Las razones son muchas y complejas. Es igualmente impropio exigir entender dichas razones. Cuando el afligido Job del Antiguo Testamento se dio cuenta de que no tenía derecho a exigir una respuesta de parte de Dios dijo: «... Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía...» (Job 42:3).

Sin embargo, Dios sí nos ha dado algunas respuestas. Aunque no sepamos por qué una persona en particular contrae una enfermedad, sí sabemos parte de la razón por la que existen las enfermedades. Y aunque puede que no entendamos por qué enfrentamos un problema en particular, sí podemos saber cómo lidiar con la situación y responder de forma que agrade al Señor.

Algo más. No voy a pretender que comprendo totalmente el sufrimiento que usted puede estar experimentando en este momento. Aunque algunos aspectos del dolor humano son comunes a todos, las particularidades son diferentes. Además, puede que lo usted más necesite en este momento no sea un bosquejo de cuatro puntos sobre por qué está sufriendo ni lo que debe hacer al respecto. Es posible que lo que más necesite ahora sea un abrazo, alguien que le escuche, o alguien que se siente con usted en silencio. Sin embargo, en algún momento querrá y necesitará que las verdades de la Palabra de Dios lo consuelen y lo ayuden a ver su situación desde la perspectiva de Dios.

“ El sufrimiento constituye, sin lugar a dudas, el mayor desafío para la fe cristiana. ”

-John Stott

Usted y yo necesitamos más que teorías que no han sido probadas. Es por eso que en las páginas siguientes, he tratado de incluir reflexiones de personas que han pasado por diferentes tipos de sufrimiento, tanto físicos como emocionales. Mi oración por usted es que su fe en Dios permanezca firme, incluso aunque su mundo parezca desmoronarse.

¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento?

En nuestro dolor, ¿dónde está Dios? Si Dios es bueno y compasivo, ¿por qué la vida es a veces tan trágica? ¿Ha perdido Dios el control? O, si Él todavía tiene el control, ¿qué es lo que trata de hacerme a mí y a otros?

Algunas personas han optado por negar la existencia de Dios porque no pueden imaginarse un Dios que permita la desgracia. Otros creen que Dios existe, pero no quieren nada con Él porque no creen que pueda ser bueno. Otros se han conformado con creer en un Dios bondadoso que nos ama, pero que ha perdido el control de un planeta rebelde. Aún otros se aferran con firmeza a creer en un Dios sapientísimo, todopoderoso y amoroso que de alguna manera usa el mal para bien.

Si escudriñamos la Biblia descubrimos que la misma presenta a un Dios que puede hacer todo lo que desee. A veces actúa por misericordia y hace milagros a favor de su pueblo. Sin embargo, en otras ocasiones ha optado por no hacer nada para impedir la tragedia. Se supone que esté íntimamente involucrado en nuestras vidas, y sin embargo, a veces parece sordo cuando clamamos pidiendo ayuda. En la Biblia, nos asegura que controla todo lo que sucede, pero a veces permite que seamos el blanco de personas malas, de malos genes, de virus peligrosos o de desastres naturales.

Si le pasa lo que a mí, seguramente anhela poder tener una respuesta a este enigmático asunto del sufrimiento. Creo que Dios nos ha dado suficientes piezas del rompecabezas para ayudarnos a confiar en Él incluso cuando no tenemos toda la información que nos gustaría tener. En este breve estudio veremos que las respuestas básicas de la Biblia son que nuestro buen Dios permite el dolor y el sufrimiento en el mundo para alertarnos

al problema del pecado, para dirigirnos a responderle en fe y esperanza, para moldearnos de manera que seamos más semejantes a Cristo, y para unirnos, de forma que nos ayudemos mutuamente.

¿Por qué el sufrimiento? PARA ALERTARNOS



Imagínese un mundo sin dolor. ¿Cómo sería? En principio la idea puede sonar atractiva. Se acabaron los dolores de cabeza, de espalda, los males estomacales, las palpitaciones cuando el martillo le da en el dedo y no en el clavo, los dolores de

garganta. Sin embargo, tampoco habría una sensación que le permitiese darse cuenta de que tiene un hueso roto o un ligamento desgarrado. No habría una alarma que le permitiese saber que tiene una úlcera haciéndole un agujero en el estómago, ni molestia que le advirtiera de un tumor canceroso que crece para invadir todo su cuerpo. No habría angina de pecho que le permitiese saber que los vasos sanguíneos que llegan a su corazón se están obstruyendo, ni dolor que le advirtiera de un apéndice herniada.

Por más que aborrezcamos el dolor, tenemos que admitir que muchas veces tiene un propósito bueno. Nos advierte cuando algo no anda bien. El verdadero problema es la causa de la desgracia, no la agonía en sí. El dolor es simplemente un síntoma, una sirena o campana que suena cuando una parte del cuerpo está en peligro o se halla bajo ataque.

En esta sección veremos cómo el dolor podría ser la manera de Dios de alertarnos respecto a que:

1. Algo anda mal en el mundo.
2. Algo anda mal con la criaturas de Dios.
3. Algo anda mal en mí.

Cualquiera de estos problemas podría ser la razón del dolor en

nuestras vidas. Examinemos cada uno de los posibles diagnósticos.

1. Algo anda mal en el mundo. La triste condición de nuestro planeta indica que algo ha salido terriblemente mal. El sufrimiento que experimentamos y la angustia que percibimos en los demás indica que el sufrimiento no discrimina raza, condición social, religión ni moralidad. Puede parecer cruel, fortuito, sin propósito ni fin determinado, grotesco y totalmente fuera de control. A las personas que tratan de ser buenas les suceden cosas malas, y a los que disfrutan la maldad les suceden cosas buenas.

La aparente injusticia de ello nos ha impactado a casi todos nosotros. Recuerdo cuando mi abuela estaba muriendo de cáncer. Mis abuelos se mudaron a mi casa. Mi madre, enfermera de profesión, la cuidó en sus últimos meses. Mamá le daba los calmantes. Mi abuelo deseaba desesperadamente que se curase. Finalmente llegó el día en que una carroza fúnebre se llevó su cuerpo frágil y enflaquecido. Sé que mi abuela está en el cielo, pero con todo, me dolió. Detesté el cáncer entonces, y todavía lo detesto.

Mientras estoy aquí sentado pensando en todo el sufrimiento que han experimentado mis amigos, compañeros de trabajo, parientes, vecinos y hermanos en la fe, casi no puedo creer lo larga que es la lista, y eso que no está completa. Estas personas han sufrido mucho sin que aparentemente hayan tenido la culpa de ese sufrimiento: un accidente, un defecto congénito, un desorden genético, un aborto involuntario, un padre abusivo, dolor crónico, un hijo rebelde, una enfermedad grave o accidental, la muerte de un cónyuge o de un hijo, una relación rota, un desastre natural. Simplemente no parece justo. De vez en cuando me siento tentado a dejarme dominar por la frustración.

¿Cómo podemos resolver esto? ¿Cómo vivir con las crueles verdades de la vida sin negar la realidad ni ser vencido por la desesperación? ¿No pudo Dios haber creado un mundo en el que

nada saliese mal? ¿No pudo haber hecho un mundo en donde la gente no tuviese nunca la capacidad de tomar malas decisiones ni de herir a otro? ¿No pudo haber creado un mundo donde los mosquitos, la mala hierba y el cáncer no existiesen? Sí pudo, pero no lo hizo.

El gran regalo de la libertad humana que Dios nos ha hecho, la capacidad de escoger, lleva consigo el riesgo de tomar malas decisiones.

“ La Biblia le sigue la pista a la entrada del sufrimiento y del mal en el mundo hasta llegar a una terrible cualidad humana: la libertad. ” -Philip Yancey

Si usted pudiese escoger entre ser una criatura con libertad de pensamiento y un robot en un mundo sin dolor, ¿cuál preferiría? ¿Cuál clase de ser glorificaría más a Dios? ¿Qué tipo de criatura lo amaría más?

Nosotros pudimos haber sido creados para ser como la graciosa muñequita de pilas que dice: «Te quiero» cuando la abrazan. Pero Dios tenía otros planes. Corrió el «riesgo» de crear seres que pudiesen hacer lo inconcebible: rebelarse contra su Creador.

¿Qué sucedió en el paraíso? La tentación, las malas decisiones y las trágicas consecuencias destruyeron la tranquilidad de la existencia de Adán y Eva. Génesis 2 y 3 explican minuciosamente cómo Satanás probó el amor de ellos por el Señor... y fracasaron. En términos bíblicos, ese fracaso se llama pecado. Y de la misma manera en que el virus del SIDA infecta un cuerpo, destruye el sistema inmunológico y conduce a la muerte, asimismo el pecado

se propaga como una infección mortal que pasa de una generación a otra. Cada nueva generación hereda los efectos del pecado y el deseo de pecar (Ro. 1:18-32; 5:12,15,18).

**“ Dios nos susurra en nuestros
placeres y habla a nuestras
conciencias, pero grita en nuestro
dolor: es el megáfono que usa
para despertar a un mundo
sordo. ”**

-C. S. Lewis

No sólo tuvo la entrada del pecado en el mundo efectos devastadores sobre la naturaleza de los seres humanos, sino que también provocó el juicio inmediato y continuo de Dios. Génesis 3 relata cómo la muerte física y espiritual se hicieron parte de la existencia humana (vv.3,19), los partos se hicieron dolorosos (v.16), la tierra fue maldita con cardos que harían difícil el trabajo del hombre (vv.17-19), y Adán y Eva fueron echados del jardín especial donde habían disfrutado de una íntima comunión con Dios (vv.23,24).

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo describió toda la creación de Dios gimiendo y esperando anhelante el momento en que será liberada de la maldición de degeneración y hecha de nuevo, libre de los efectos del pecado (Ro. 8:19-22).

La enfermedad, los desastres y la corrupción son síntomas de un problema mayor: la raza humana se ha rebelado contra el Creador. Toda tristeza, aflicción y agonía son vívidos recordatorios de nuestra difícil condición humana. Al igual que un letrero de neón gigante, la realidad del sufrimiento comunica a gritos el mensaje de que el mundo no es hoy aquello para lo que

Dios lo creó.

Por tanto, la primera y más básica respuesta al problema de la existencia del sufrimiento es que es el resultado directo de la entrada del pecado en el mundo. El dolor nos pone sobre aviso de que una enfermedad espiritual está arruinando nuestro planeta. Muchas veces, nuestros problemas pueden ser meramente los efectos secundarios de vivir en un mundo caído, sin que tengamos directamente la culpa de ello.

2. Algo anda mal con las criaturas de Dios. Podemos ser el blanco de actos crueles de otras personas o del ejército rebelde de Satanás. Tanto los seres humanos caídos como los espíritus caídos (ángeles que se han rebelado) tienen la capacidad de tomar decisiones que los perjudican a ellos y a otros.

Las personas pueden causar sufrimiento. Como criaturas libres (e infectadas por el pecado), las personas han tomado y seguirán tomando malas decisiones en la vida. Esas malas decisiones muchas veces afectan a otras personas.

Por ejemplo, Caín, uno de los hijos de Adán, tomó la decisión de matar a su hermano Abel (Gn. 4:7,8). Lamec se jactaba de su violencia (vv.23,24). Sarai maltrató a Agar (Gn. 16:1-6). Labán estafó a su sobrino Jacob (Gn. 29:15-30). Los hermanos de José lo vendieron como esclavo (Gn. 37:12-36), y luego la esposa de Potifar lo acusó falsamente de intentar violarla, por lo cual lo metieron en la cárcel (Gn. 39). Faraón trató con mucha crueldad a los esclavos judíos (Éx. 1). El rey Herodes asesinó a todos los bebés que vivían en Belén y sus alrededores en un intento de matar a Jesús (Mt. 2:16-18).

El dolor que otros nos infligen puede ser por egoísmo de su parte. O puede que usted sea el blanco de persecución debido a su fe en Cristo. A lo largo de la historia, las personas que se han identificado con el Señor han sufrido en manos de aquellos que se rebelan contra Dios.

Antes de su conversión, Saulo era un rabino anticristiano que

hizo todo lo posible para hacerles la vida imposible a los creyentes, llegando incluso a cooperar para matarlos (Hch. 7:54-8:3). Pero después de su dramática conversión al Señor Jesús, soportó valientemente todo tipo de persecución al proclamar osadamente el mensaje del evangelio (2 Co. 4:7-12; 6:1-10). Hasta pudo decir que el sufrimiento que soportó lo ayudó a ser más semejante a Cristo (Fil. 3:10).

Satanás y los demonios también pueden causar sufrimiento.

La historia de la vida de Job es un vivo ejemplo de cómo una persona buena puede sufrir una tragedia increíble debido a un ataque satánico. Dios permitió a Satanás que tomase las posesiones, la familia y la salud de Job (Job 1-2).

Me estremezco al escribir la oración anterior. De alguna manera, y por sus propias razones, Dios permitió a Satanás desolar la vida de Job. Podríamos inclinarnos a comparar lo que Dios hizo con Job con un padre que permite al abusador del vecindario darle una paliza a sus hijos sólo para ver si siguen queriendo a papá después de la misma. Sin embargo, tal como concluyera Job, esa no es una evaluación justa de nuestro sabio y amoroso Dios.

Nosotros sabemos, aunque Job no lo sabía, que su vida fue ejemplo de una prueba, un testimonio vivo de la confiabilidad de Dios. Job ilustró que una persona puede confiar en Dios y mantener su integridad aun cuando la vida se desmorone (por la razón que sea), porque Dios es digno de confianza. Al final, Job aprendió que, aunque no comprendía el propósito de Dios, tenía muchas razones para creer que Dios no estaba siendo injusto, ni cruel, ni sádico al permitir que su vida fuese destruida (Job 42).

El apóstol Pablo padecía de un problema físico que atribuía a Satanás. Lo llamaba «aguijón en la carne ... mensajero de Satanás que me abofetee» (2 Co. 12:7). Pablo oró para ser liberado del problema, pero Dios no se lo concedió. En vez de ello lo ayudó a ver cómo esa dificultad podía tener un buen propósito. Hacía

a Pablo depender humildemente de Dios y lo colocaba en una posición que le permitió experimentar Su gracia (vv.8-10).

“... ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?...” -Job 2:10

Aunque la mayoría de las enfermedades no se pueden atribuir directamente a Satanás, los evangelios sí registran unos cuantos ejemplos de sufrimiento atribuidos a él, incluyendo un ciego y un mudo (Mt. 12:22) y un muchacho lunático (17:14-18).

3. Algo anda mal en mí. Muchas veces, cuando algo anda mal en nuestras vidas, concluimos rápidamente que Dios nos está castigando por algún pecado. Eso no es necesariamente cierto. Como indicamos antes, gran parte de nuestro sufrimiento se debe a que vivimos en un mundo imperfecto habitado por personas imperfectas y espíritus rebeldes.

Los amigos de Job creyeron erróneamente que él estaba sufriendo por algún pecado que había en su vida (Job 4:7,8; 8:1-6; 22:4,5; 36:17). Los propios discípulos de Jesús llegaron a una conclusión equivocada cuando vieron al hombre ciego. Se preguntaron si el problema visual de aquel hombre se debía a un pecado personal o a algo que sus padres habían hecho (Jn. 9:1,2). Jesús les dijo que el problema físico de dicho hombre no estaba relacionado con su pecado personal ni con el pecado de sus padres (v.3).

Con estas precauciones en mente necesitamos lidiar con la dura verdad de que hay sufrimientos que sí son una consecuencia directa del pecado, ya se trate de una disciplina correctiva de parte de Dios hacia los que ama, o de un acto punitivo de Dios a los rebeldes del universo.

Corrección. Si usted y yo hemos depositado nuestra confianza en Cristo como Salvador somos hijos de Dios. Como tales, somos

parte de una familia cuya cabeza es un Padre amoroso que nos entrena y nos corrige. Dios no es un padre abusivo y sádico que asesta golpes severos porque obtiene de ello algún placer perverso.

Hebreos 12 afirma:

... Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad (He. 12: 5,6,9,10).

Y a la iglesia de Laodicea Jesús le dijo: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete» (Ap. 3:19).

El rey David sabía lo que era experimentar el amor firme del Señor. Después de su adulterio con Betsabé y de confabular para que matasen a su esposo en la batalla, David no se arrepintió hasta que el profeta Natán lo confrontó. El Salmo 51 recuenta la lucha de David con la culpa y su clamor por perdón. En otro salmo, David reflexionó en los efectos de tapar e ignorar el pecado. Escribió: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano...» (Sal. 32:3,4).

En 1 Corintios 11:27-32, el apóstol Pablo advirtió a los creyentes que tratar con ligereza las cosas del Señor -como participar de la Santa Cena sin tomarla en serio- acarrea disciplina. Pablo explicó que esta disciplina del Señor tenía un propósito. Dijo: «Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo» (v.32).

La mayoría de nosotros comprende el principio de que Dios, al que ama disciplina. Es de esperar que un padre amoroso nos corrija y nos llame a renovar nuestra obediencia a Él.

Juicio. Dios también actúa para lidiar con los incrédulos obstinados que persisten en hacer el mal. Una persona que no haya recibido de Dios el regalo de la salvación puede esperar ser objeto de la ira de Dios en el día del juicio futuro y el peligro de un juicio severo ahora si Dios así lo decide.

**“ ... Hijo mío, no menosprecies
la disciplina del Señor, ni desmayes
cuando eres reprendido por él;
porque el Señor al que ama,
disciplina... ”**

-Hebreos 12:5,6

El Señor produjo el diluvio para destruir a la decadente humanidad (Gn. 6). Destruyó a Sodoma y Gomorra (Gn. 18-19), envió plagas a los egipcios (Éx. 7-12), mandó a Israel a destruir completamente a los paganos que habitaban la Tierra Prometida (Dt. 7:1-3), mató al arrogante rey Herodes del Nuevo Testamento (Hch. 12:19-23), y en el día del juicio futuro repartirá justicia perfecta a los que rechacen su amor y autoridad (2 P. 2:4-9).

Sin embargo, aquí y ahora enfrentamos desigualdades. Por razones sapientísimas que sólo Él conoce, Dios ha optado por retrasar su justicia perfecta. Asaf, autor de algunos salmos, luchaba con esta aparente injusticia de la vida. Escribió acerca de los malvados que hacían lo malo sin ser castigados, incluso prosperaban, mientras que muchos justos tenían problemas (Sal. 73). Respecto a la prosperidad de los malvados dijo: «Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando

en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos» (vv.16,17). Asaf pudo volver a ver las cosas desde la perspectiva correcta cuando meditó en el soberano Señor del universo.

Cuando luchemos con la realidad de que los malvados están literalmente cometiendo asesinatos impunemente y toda clase de inmoralidad, necesitamos recordar que «el Señor ... es paciente para con todos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9).

Entonces, la primera parte de la respuesta al problema del sufrimiento es que Dios lo utiliza para alertarnos frente a graves problemas. El dolor suena la alarma que indica que algo anda mal en el mundo, en la humanidad en general, en ti y en mí. Pero como veremos en la próxima sección, Dios no sólo avisa que hay problemas, sino que también los usa para exhortarnos a encontrar las soluciones: en Él.

¿Por qué el sufrimiento? PARA DIRIGIRNOS



Muchas veces, cuando una persona se aleja de Dios le echa la culpa al sufrimiento. Pero por extraño que parezca, también es el sufrimiento lo que da una nueva dirección a otras personas, las ayuda a ver la vida más claramente,

y hace que su relación con Dios sea más estrecha. ¿Cómo pueden circunstancias similares tener efectos tan radicalmente diferentes? Las razones se hallan profundamente arraigadas en las personas, no en los acontecimientos.

Un líder muy conocido y franco de los medios de comunicación dijo públicamente que el cristianismo era «una religión para perdedores». Pero no siempre pensó así. De joven estudió la Biblia y asistió a un colegio cristiano. Hablando en tono jocoso del fuerte adoctrinamiento que recibió dijo: «Creo que fui salvo

unas siete u ocho veces.» Pero entonces, una dolorosa experiencia cambió su perspectiva de la vida y de Dios. Su hermana menor enfermó gravemente. Él oró para que se sanara, pero después de cinco años de sufrimiento, murió. Se desilusionó de un Dios que permitió que aquello pasara. Declaró: «Comencé a perder mi fe, y mientras más la perdía, mejor me sentía.»

¿Cuál es la diferencia entre una persona como Él y una como Joni Eareckson Tada? En su libro *Where Is God When It Hurts?* (¿Dónde está Dios cuando se sufre?), Philip Yancey describe la transformación gradual que se produjo en la actitud de Joni en los años posteriores a la parálisis que le produjo una zambullida en un lago poco profundo.

«Al principio, para Joni era imposible reconciliar su condición con su creencia en un Dios de amor... Fue muy gradualmente que se volvió a Dios. Después de más de tres años de llanto y duro cuestionamiento, su actitud fue cambiando poco a poco de amargura a confianza» (pp. 133,134).

“ ... Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad... ”

-2 Corintios 12:9

Una noche que fue a verla Cindy, una amiga cercana, se produjo un momento crucial cuando le dijo: «Joni, no eres la única. Jesús sabe cómo te sientes, pues Él también estuvo paralizado.» Cindy describió cómo Jesús estuvo clavado en la cruz, paralizado por los clavos.

Yancey observa: «El pensamiento intrigó a Joni, y por un momento, dejó de pensar en su propio dolor. Nunca se le había ocurrido que Dios pudiese experimentar las mismas sensaciones desgarradoras que agobiaban su cuerpo en aquel momento. Darse

cuenta de ello la consoló profundamente» (p. 134).

En lugar de seguir buscando la razón por la que sucedió aquel accidente devastador, Joni se ha visto obligada a depender más del Señor y a mirar la vida desde una perspectiva a largo plazo.

El autor Yancey dice además de Joni: «Luchó con Dios, sí, pero no se alejó de Él ... Joni ahora se refiere a su accidente como a un “glorioso intruso”, y afirma que fue lo mejor que le pudo suceder. Dios lo usó para llamar su atención y dirigir sus pensamientos hacia Él» (pp. 137,138).

Este principio de que el sufrimiento puede producir una dependencia saludable de Dios lo enseñó el apóstol Pablo en una de sus cartas a la iglesia de Corinto. Escribió:

Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos (2 Corintios 1:8,9).

Encontramos una idea similar en los comentarios de Pablo acerca de sus problemas físicos. El Señor le dijo: «... Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad...» (2 Co. 12:9). Luego Pablo agregó: «Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (v.10).

El sufrimiento muestra lo débiles que son realmente nuestros recursos. Nos obliga a pensar de nuevo en nuestras prioridades, valores, metas, sueños, placeres, la fuente de nuestra verdadera fortaleza, y nuestras relaciones con la gente y con Dios. También lleva nuestra atención a las realidades espirituales, si es que no nos alejamos de Dios.

El sufrimiento nos obliga a evaluar la dirección de nuestras vidas. Podemos optar por desesperarnos centrándonos en nuestros problemas presentes, o podemos optar por la esperanza, reconociendo el plan a largo plazo de Dios para nosotros (Ro. 5:5; 8:18,28; He. 11).

De todos los pasajes bíblicos, Hebreos 11 es el que más nos asegura que, aunque la vida sea magnífica u horrorosa, mi respuesta debe estar llena de fe en la sabiduría, el poder y el control de Dios. Independientemente de lo que suceda, tengo buenas razones para confiar en Él, de la misma forma en que los grandes hombres y mujeres de antaño esperaron en Él.

Por ejemplo, Hebreos 11 nos recuerda a Noé, un hombre que pasó 120 años esperando que Dios cumpliera su promesa de producir un diluvio devastador (Gn. 6:3). Abraham esperó muchos años agonizantes antes de que naciera el hijo que Dios le había prometido. José fue vendido como esclavo y encarcelado erróneamente, pero al final vio cómo Dios usó todo el mal que aparentemente había en su vida para un buen propósito (Gn. 50:20). Moisés esperó hasta la edad de ochenta años a que Dios lo usara para liberar a los judíos de los egipcios. Y aun entonces, conducir a aquel pueblo de poca fe fue una batalla (léase Éxodo).

Hebreos 11 menciona personas como Gedeón, Sansón, David y Samuel que fueron testigos de grandes victorias al vivir para el Señor. Sin embargo, en medio del versículo 35, el tono cambia. De repente nos encontramos con personas que tuvieron que pasar por un sufrimiento increíble, personas que murieron sin saber por qué Dios permitió esas tragedias en sus vidas. Esas personas fueron torturadas, escarnecidas, azotadas, lapidadas, aserradas, muertas a espada, maltratadas y obligadas a vivir como parias (vv.35-38). Dios había planeado que fuese en la eternidad donde se recompensara la fidelidad de ellos en medio de aquellas dificultades (vv.39,40).

El dolor nos obliga a ver más allá de nuestras circunstancias

inmediatas. El sufrimiento nos lleva a hacer grandes preguntas como: «¿Por qué estoy aquí?» y «¿Cuál es el propósito de mi vida?» Al hacer esas preguntas y hallar las respuestas en el Dios de la Biblia, encontraremos la estabilidad que necesitamos para sobrellevar hasta lo peor que la vida pueda darnos, porque sabemos que esta vida presente no es todo. Si sabemos que un Dios soberano supervisa toda la historia humana y la teje para formar un hermoso tapiz que a la larga lo glorificará, entonces podemos ver las cosas desde una perspectiva mejor.

“ Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. ” -Hebreos 11:1

En Romanos 8:18, el apóstol Pablo escribió: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.» Pablo no estaba tratando nuestros problemas con ligereza, sino diciendo a los creyentes que viesan sus problemas presentes a la luz de la eternidad. Nuestros problemas pueden ser verdaderamente graves, incluso abrumadores. Pero Pablo dice que cuando los comparamos con las glorias increíbles que esperan a los que aman a Dios, hasta las circunstancias más negras y gravosas de la vida se desvanecen.

Tenemos que detenernos a mirar un ejemplo más, tal vez el más significativo que se pueda considerar. El día que Cristo pendió de la cruz se conoce hoy como Viernes Santo. En aquel tiempo, fue cualquier cosa menos un día «santo» ni bueno. Fue un día de intenso sufrimiento, angustia, tiniebla y desaliento. Fue un día en que Dios pareció estar ausente, silente, cuando el mal pareció triunfar sobre el bien, y las esperanzas se desvanecieron. Pero

luego vino el domingo. Jesús resucitó de la tumba. Aquel impresionante acontecimiento colocó al viernes bajo una luz diferente. La resurrección dio un significado completamente nuevo a lo que sucedió en la cruz. En lugar de ser un momento de derrota, se convirtió en un día de triunfo.

Nosotros también podemos mirar al futuro. Podemos soportar nuestros tenebrosos «viernes» y verlos como «santos» porque servimos al Dios del domingo.

**“ Bienaventurado aquel cuyo
ayudador es el Dios de Jacob,
cuya esperanza está en Jehová
su Dios, el cual hizo los cielos y la
tierra, el mar y todo lo que en ellos
hay.... ”**

-Salmo 146:5,6

Por tanto, cuando lleguen los problemas, y llegarán, recuerda esto: Dios usa esas situaciones para dirigirnos a Él y a una perspectiva más amplia de la vida. Nos llama a confiar y a tener esperanza.

¿Por qué el sufrimiento? PARA MOLDEARNOS



A los entrenadores atléticos les gusta usar la frase: «Sin dolor no hay ganador.» Como estrella del equipo de atletismo en la escuela secundaria (bueno, tal vez no era una estrella, pero me esforzaba mucho), recuerdo que los entrenadores nos decían a menudo que practicar duro nos sería

beneficioso. Y tenían razón. No siempre ganábamos, pero nuestro

arduo trabajo sí produjo beneficios obvios.

Aprendí mucho acerca de mí mismo en aquellos años, y hoy día estoy aprendiendo mucho más a medida que me disciplino para trotar diariamente. Muchos días quisiera no hacerlo, no deseo sentir el dolor de tener que hacer ejercicios de estiramiento. Preferiría no llevar el «radiador» de mi cuerpo a ningún extremo, ni tener que luchar contra la fatiga cuando subo por colinas. Entonces, ¿por qué lo hago? El beneficio hace que el dolor valga la pena. Mi presión sanguínea y mi pulso se mantienen bajos, no me crece la barriga y me siento más alerta y saludable.

El ejercicio puede tener beneficios obvios, pero ¿y el dolor que no escogemos nosotros? ¿Qué podemos decir de las enfermedades, los accidentes y la agonía emocional? ¿Qué beneficio puede salir de ello? ¿Ganamos realmente por experimentar ese dolor?

Consideremos lo que tenía que decir alguien que sufrió mucho. El apóstol Pablo escribió en Romanos 5:3,4: «... también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza.»

Pablo introdujo su afirmación acerca de los beneficios del sufrimiento diciendo: «Nos gloriamos en las tribulaciones.» ¿Cómo pudo decir que debemos gloriarnos o ser felices por tener que vivir una tragedia dolorosa? Es evidente que no nos estaba diciendo que celebrásemos nuestros problemas; más bien nos estaba diciendo que nos regocijásemos por lo que Dios puede hacer, y hará, por nosotros y para Su gloria a través de nuestras pruebas. Las afirmaciones de Pablo nos exhortan a celebrar el producto final, no el proceso doloroso en sí. Con eso no quiso decir que debemos obtener una especie de gozo morboso de la muerte, el cáncer, las deformaciones, los reveses económicos, una relación rota o un accidente trágico. Todas esas cosas son horribles, negros recordatorios de que vivimos en un mundo que ha sido corrompido por la maldición de los efectos del pecado.

El apóstol Santiago también escribió acerca de cómo deberíamos regocijarnos en el resultado final de nuestros problemas. Dijo: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (1:2-4).

Cuando combinamos las verdades de esos dos pasajes vemos cómo los resultados buenos y dignos de alabanza del sufrimiento son una perseverancia paciente, un carácter maduro y esperanza. Dios puede usar las dificultades de la vida para moldearnos de manera que seamos más maduros en la fe, más piadosos, más semejantes a Cristo.

Cuando confiamos en Cristo como Salvador, el Señor no nos convierte instantáneamente en personas perfectas. Lo que hace es quitar el castigo por el pecado y colocarnos en el camino que lleva al cielo. La vida se convierte entonces en un tiempo para desarrollar nuestro carácter a medida que aprendemos más acerca de Dios y de cómo hemos de agradecerle. El sufrimiento nos obliga dramáticamente a lidiar con asuntos más profundos de la vida. Al hacerlo, nos hacemos más fuertes y maduros.

Mi abuelo, el doctor M. R. De Haan, habló acerca del moldeamiento de nuestras vidas en su libro *Broken Things* [Cosas rotas]. En el mismo escribió:

Los mejores sermones que he escuchado en mi vida no se han predicado desde un púlpito, sino enlechos de muerte. Las verdades más grandiosas y profundas de la Palabra de Dios muchas veces las han revelado, no aquellos que predicaron como resultado de su preparación en el seminario y su instrucción, sino aquellas almas humildes que han pasado por el seminario de la aflicción y han aprendido por experiencia propia lo profundo de los caminos de Dios.

“ Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. ” -Santiago 1:4

Las personas más alegres que he conocido, con algunas excepciones, han sido aquellas que han tenido menos días buenos y más dolor y sufrimiento en la vida. Las personas más agradecidas que he conocido no son las que anduvieron por un sendero de rosas toda su vida, sino aquellas que se hallaban, debido a sus circunstancias, confinadas a sus hogares, muchas veces a sus lechos, y que habían aprendido a depender de Dios como sólo saben hacerlo cristianos como ellos. He observado que los quejumbrosos son, generalmente, aquellos que disfrutaban de una excelente salud. Los que se quejan son los que tienen menos razones para hacerlo, y esos amados santos de Dios que han alegrado mi corazón una y otra vez con sermones pronunciados desde los púlpitos de sus lechos de enfermos, han sido los hombres y mujeres más alegres y agradecidos por las bendiciones del Dios todopoderoso (pp. 43,44).

¿Cómo ha respondido usted a las dificultades de la vida? ¿Lo han hecho mejor o más amargado? ¿Ha crecido su fe o se ha alejado de Dios? ¿Se parece su carácter más al de Cristo? ¿Ha permitido que el sufrimiento lo conforme a la imagen del Hijo de Dios?

¿Cómo obran todas las cosas para bien? Tal vez el versículo que más se ha citado en épocas de dolor y sufrimiento es Romanos

8:28, que dice: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.» Este versículo se ha interpretado mal muchas veces y tal vez también se ha usado mal, pero la verdad que contiene puede consolar grandemente.

El contexto de Romanos 8 hace hincapié en lo que Dios hace por nosotros. El Espíritu Santo que mora en nosotros nos da vida espiritual (v.9), nos asegura que somos hijos de Dios (v.16), y nos ayuda a orar en momentos de debilidad (vv.26,27). Romanos 8 también coloca nuestros sufrimientos en el contexto más amplio de lo que Dios está haciendo: obrando su plan de redención (vv.18-26). Los versículos del 28 al 39 nos aseguran el amor que Dios nos tiene, que no hay nada ni nadie que pueda impedir que Dios logre lo que desea hacer, y que nada podría separarnos nunca de su amor.

Entonces, visto debidamente en el contexto de Romanos 8, el versículo 28 nos asegura poderosamente que Dios está obrando para bien de todos los que han confiado en su Hijo como Salvador. El versículo no promete que comprenderemos todos los acontecimientos de la vida, ni que después de un tiempo de prueba vamos a ser bendecidos con cosas buenas en esta vida. Pero sí asegura que Dios está obrando un plan bueno a través de nuestras vidas. Nos está moldeando a nosotros y a nuestras circunstancias para glorificarse.

El escritor Ron Lee Davis dice en su libro *Becoming a Whole Person in a Broken World* [Cómo convertirse en una persona completa en un mundo incompleto]: «Las buenas nuevas no son que Dios hará que nuestras circunstancias terminen siendo lo que deseamos que sean, sino que Dios puede incluir hasta nuestras desilusiones y desastres en su plan eterno. El mal que nos sucede se puede transformar en el bien de Dios. Romanos 8:28 es la garantía de Dios de que si lo amamos, nuestras vidas pueden ser usadas para lograr Sus propósitos y avanzar Su reino»

(p.122).

«Pero, ¿cómo se puede afirmar que Dios tiene el control cuando la vida parece tan descontrolada? ¿Cómo puede estar obrando para su gloria y, a la larga, nuestro bien?» En su libro titulado *Why Us?* [¿Por qué nosotros?], Warren Wiersbe afirma que Dios «demuestra su soberanía, no interviniendo constantemente e impidiendo esos acontecimientos, sino gobernándolos e invalidándolos de manera que hasta las tragedias terminen logrando Sus propósitos fundamentales» (p.136).

Como Dios soberano del universo, Dios usa todas las cosas de la vida para desarrollar nuestra madurez y semejanza a Cristo, y para avanzar su plan eterno. Sin embargo, para lograr estos propósitos, Dios quiere usarnos para ayudar a otros, y quiere que otras personas nos ayuden a nosotros. De eso se trata la próxima sección.

¿Por qué el sufrimiento? PARA UNIRNOS



El dolor y el sufrimiento parecen tener la habilidad especial de mostrarnos cuánto nos necesitamos los unos a los otros. Nuestras luchas nos recuerdan lo frágiles que somos realmente. Incluso la debilidad de los demás puede sostenernos cuando nuestra propia fortaleza se agota.

Esta verdad se hace muy real cada vez que me reúno con un pequeño grupo de amigos de la iglesia para orar y tener comunión. En esos momentos que pasamos juntos regularmente, compartimos nuestras cargas por un hijo enfermo, la pérdida de un empleo, tensiones en el trabajo, un hijo rebelde, la pérdida de un embarazo, hostilidad entre miembros de una familia, depresión, tensiones de la vida diaria, un pariente que no es salvo, decisiones difíciles, delitos en el vecindario, batallas con el pecado y mucho

más. Muchas veces al final de esas reuniones he alabado al Señor por el aliento que hemos recibido los unos de los otros. Nos hemos acercado más y nos hemos fortalecido al enfrentar juntos las luchas de la vida.

Estas experiencias personales a la luz de las Escrituras me recuerdan dos verdades clave:

1. El sufrimiento nos ayuda a ver que necesitamos a otros creyentes.

2. El sufrimiento nos ayuda a satisfacer las necesidades de los demás a medida que dejamos que Cristo viva a través de nosotros.

Echemos un vistazo a cada una de las maneras en que Dios usa el dolor y el sufrimiento con el propósito de unirnos con otros creyentes en Cristo.

1. El sufrimiento nos ayuda a ver que necesitamos a otros creyentes. Al describir la unidad de todos los creyentes en Cristo, el apóstol Pablo usó la analogía del cuerpo humano (1 Co. 12). Dijo que nos necesitamos unos a otros para funcionar adecuadamente. Pablo describió la situación así: «De manera

“En resumen, no existe una cura mágica para una persona que sufre. Básicamente esa persona necesita amor, porque el amor detecta instintivamente lo que se necesita.”

-Philip Yancey

que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular» (vv.26,27).

En su carta a los efesios, Pablo dijo de Cristo: «De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Ef. 4:16).

Cuando empecemos a reconocer todo lo que los otros creyentes tienen que ofrecernos, nos daremos cuenta de lo mucho que podemos ganar acercándonos a ellos cuando pasamos por un momento difícil. Cuando los problemas parecen agotar nuestra fortaleza, podemos descansar en otros creyentes para que nos ayuden a renovar esa fortaleza en el poder del Señor.

2. El sufrimiento nos ayuda a satisfacer las necesidades de los demás a medida que dejamos que Cristo viva a través de nosotros.

En 2 Corintios 1, el apóstol Pablo escribió: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (vv.3,4).

Como vimos en la sección anterior, nos necesitamos mutuamente porque tenemos algo valioso que ofrecernos los unos a los otros. Tenemos entendimiento y sabiduría espirituales que hemos adquirido en las diferentes pruebas por las que hemos pasado. Conocemos el valor de la presencia personal de alguien amoroso. Cuando experimentamos el consuelo de Dios en una situación angustiada, tenemos entonces la capacidad de identificarnos con las personas que pasan por situaciones similares.

Mientras me preparaba para escribir este librito, leí acerca de experiencias de personas que han sufrido mucho, y hablé con otros que también conocían el dolor. Investigué para averiguar quién los había ayudado más en sus momentos de angustia. La respuesta, una y otra vez, fue esta: otra persona que había pasado

por algo similar. Esa persona puede sentir empatía más plenamente, y sus comentarios reflejan un entendimiento que procede de la experiencia. A alguien que tiene una carga pesada le suena superficial y condescendiente escuchar a otro decir: «Entiendo por lo que estás pasando», a menos que esa persona haya pasado por lo mismo.

Aunque los mejores consoladores son aquellos que han atravesado por situaciones similares y han crecido espiritualmente a través de ellas, eso no significa que el resto de nosotros esté libre de responsabilidades. Todos tenemos la responsabilidad de hacer lo que esté a nuestro alcance para mostrar empatía, tratar de entender y de consolar. Gálatas 6:2 nos dice: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.» Y Romanos 12:15 afirma: «Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.»

El doctor Paul Brand, experto en la enfermedad de la lepra, escribió: «Cuando el sufrimiento asesta un golpe, los que estamos cerca nos quedamos aturcidos por el impacto. Luchamos contra el nudo que se nos hace en la garganta, vamos resueltamente al hospital de visita, susurramos unas cuantas palabras de ánimo, tal vez buscamos artículos sobre qué decir al que sufre.

»Pero cuando pregunto a los pacientes: “¿Quién te ayudó en tu sufrimiento?”, escucho una respuesta extraña e imprecisa. La persona que describen raras veces tiene respuestas suaves, una personalidad atractiva y efervescente. Por lo general es tranquila, comprensiva, que escucha más de lo que habla, que no juzga ni da mucho consejo. “Una sensación de presencia”. “Alguien que está presente cuando lo necesito.” Una mano que asir, un abrazo comprensivo y de perplejidad. Un nudo en la garganta compartido» (Fearfully and Wonderfully Made, pp. 203, 204.) [Hay traducción al castellano con el título La obra maestra de Dios. Nota del traductor.]

Dios nos hizo para depender los unos de los otros. Tenemos

mucho que ofrecer a los que sufren, y los demás tienen mucho que ofrecer a los que tenemos problemas. Cuando desarrollemos esa unidad, experimentaremos un consuelo mayor cuando reconozcamos que Dios usa el sufrimiento para alertarnos respecto al problema del pecado, usa la dificultad para dirigirnos a Él, y puede usar hasta los problemas para hacernos más semejantes a Cristo.

¿Cómo puede usted ayudar?

Ahora mismo puede que esté abrumado por el dolor. El sólo pensar en tratar de ayudar a otro puede parecer imposible. Sin embargo, a medida que reciba el consuelo de Dios estará preparado para consolar (2 Co. 1). De hecho, acercarse a otros para ayudarlos puede ser una parte importante del proceso de su propia curación emocional.

O tal vez ha leído este librito con la esperanza de ayudar mejor a un amigo o ser querido que sufre. Las sugerencias que se hacen en esta sección están diseñadas para usted también.

Ayudar a otros es arriesgado. Nuestra ayuda puede no siempre ser bienvenida. Es posible que a veces digamos cosas erradas, pero debemos tratar de ayudar. La parábola de Jesús del buen samaritano (Lc. 10:25-37) nos recuerda que somos responsables de ayudar a las personas que sufren que encontramos en nuestro camino. He aquí algunas sugerencias:

- No espere a que otra persona actúe primero.
- Esté presente físicamente con el que sufre, si es posible, y tóquele la mano o abrácelo apropiadamente.
- Concéntrese en las necesidades de los que sufren y no en su propia incomodidad por no tener las respuestas adecuadas.
- Permítales expresar sus sentimientos. No censure sus emociones.
- Entérese del problema.
- No finja que usted nunca sufre.
- Sea breve.
- Evite decir cosas como: «No deberías sentirte así» o «Ya sabes lo que tienes que hacer.»
- Asegúreles que va a orar por ellos.
- ¡Ore! Pídale a Dios que lo ayude a usted y a los que sufren.

- Manténgase en contacto.
- Ayúdelos a deshacerse de una falsa culpa asegurándoles que el sufrimiento y el pecado no son gemelos inseparables.
- Ayúdelos a encontrar perdón en Cristo si sufren a causa de un pecado.
- Exhórtelas a que recuerden la fidelidad de Dios en el pasado.
- Concéntrese en el ejemplo de Cristo y en su ayuda.

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.” -Romanos 12:15

- Recuérdeles que Dios nos ama y cuida de nosotros, además de tener el control de todo.
- Exhórtelos a que vivan un día a la vez.
- Exhórtelos a buscar la ayuda que necesitan (amigos, familiares, pastor).
- Ayúdelos a darse cuenta de que toma tiempo salir adelante con los problemas.
- Recuérdeles el amor pastoral de Dios (Sal. 23).
- Recuérdeles que Dios tiene control de todo el universo.
- No ignore sus problemas.
- No trate de ser artificial intentando «subirles el ánimo». Sea auténtico.
- Muéstreles el amor que quisiera que otra persona le mostrase a usted en la misma situación.
- Sepa escuchar.
- Deles tiempo para sanar. No apresure el proceso.

Mejor que respuestas

Clamamos por respuestas completas. Dios se ofrece a Sí mismo en lugar de ellas. Y eso es suficiente. Si sabemos que podemos confiar en Él, no necesitamos explicaciones completas. Es suficiente saber que nuestro dolor y sufrimiento no carecen de sentido. Es suficiente saber que Dios sigue gobernando el universo y que sí se preocupa por nosotros individualmente.

La mayor evidencia de la preocupación de Dios por nosotros se puede hallar en Jesucristo. Dios amó a nuestro afligido mundo de tal manera que envió a su Hijo a agonizar y a morir por nosotros, para liberarnos de ser sentenciados a una tristeza eterna (Jn. 3:16-18). Gracias a Jesús, podemos evitar el peor de todos los dolores: el dolor de la separación de Dios... para siempre. Y gracias a Cristo podemos sobrellevar hasta la peor de las tragedias en el presente debido a la fortaleza que Él pone en nosotros y a la esperanza que pone delante de nosotros.

“ Clamamos por respuestas completas. Dios se ofrece a Sí mismo en lugar de ellas. ”

El primer paso para salir adelante de manera realista con el sufrimiento es reconocer que sus raíces están en el problema universal del pecado. ¿Ha reconocido cuánto sufrió Jesús en la cruz por usted para liberarlo de la pena por el pecado? Coloque su confianza en Él. Reciba el regalo de Su perdón. Sólo en él hallará una solución duradera al problema del dolor en su vida y en el mundo.